

GERMÁN POSE



CORAZÓN DE TINTA



Al final de la escapada

Uno puede escapar cada día, pero siempre en vano porque uno acaba llegando al mismo sitio. Al espacio infinito de su propia vida, que tiene marcado su final con hierro de fuego. Escapar es más fácil que quedarse quieto, que también es otra forma de huir. Quedarse quieto, parado es un momento sagrado que no es fácil de conseguir. Ese sitio sublime en el que el torero clava en la arena sus zapatillas negras ante la fiera, y no se mueve ni inmuta mientras le silba la muerte en una melodía de sangre y miedo.

Se puede escapar, pero sin salir corriendo; con una mirada, una palabra, a veces con un beso. Escapar sin rumbo, sin buscar una presa, ni un río, una nube o una montaña, porque en la huida no se encuentra nada. Por doquier acechan cuchillos afilados que apuntan a tu espalda. Escapar del terror de una vida abandonada, de ese torrente de tristeza que nunca se espanta.

Escapar, por ejemplo, de un amor en el que yacen entre el barro las viejas y marchitas miradas, los besos acartonados, los días lánguidos y las noches, convertidas en fruta negra y helada.

Y a lo lejos, o más cerca, siempre espera la parca. Como huir hacia ese amor imposible, que es el final de la escapada.

Elogio de la ociosidad

Con tanto trajín de vida y vértigo —dejé dicho aquí, en capítulo anterior, que hasta la trepidante velocidad de giro de la Tierra va en aumento—, con tanta presión y exigencia vital, pararse, estar quieto, inmóvil, viene a ser una actitud de rebeldía frente al odioso sistema de las cosas. En su *Elogio de la ociosidad* lo sostuvo B. Russell —también Lafargue, a su manera—: la pereza, una actitud no necesariamente virtuosa, pero sí subversiva a tanta maldita expectativa. Porque es falso que el trabajo dignifique. Ha quedado registrado que trabajar viene a ser un castigo divino, una maldición que empobrece la mayoría de las vidas. Incluso las tareas más nobles, como la creación artística, se convierten en algo desagradable cuando se hacen a cambio de un salario. También es mi caso, aunque parezca que me deslizo con placidez en estas líneas veraniegas a la sombra de una palmera y pegado a un vodka con limón. Sorbo a sorbo, espantando alguna mosca con desgana, vuelvo a Oblómov, ese personaje asombroso del inmenso escritor ruso Ivan Goncharov. Ese Oblómov perezoso, letárgico, mediocre, abúlico, que sacrifica sus sueños a la inacción. Y también a Melville, con su vaporoso Bartleby el escribiente, quien un día, a lo tonto, decide pararse, no hacer nada; preferiría no

hacerlo, comentaba tan pancho a su jefe cuando le encomendaba alguna misión. Quedarse quieto, como don Tancredo en el ruedo, no actuar ni tomar decisiones para las que no estamos preparados, ni falta que hace. Así que optemos por observar la belleza de las cosas y mandar de vacaciones a la jodida sinrazón. Me estoy alargando y la palmera y el vodka me reclaman. Ya, hasta me cuesta empujar la copa. Voy a tener que tirarme a las pajitas largas de plástico, ahora que las han prohibido.

Forever

Para siempre el amor
desde mi trinchera,
que se convierte ante ti en negra chistera
de la que emergen conejos de colores,
algún gatopardo
y un chulo castizo que baila solo por los rincones.

Para siempre es para siempre, *forever* en inglés,
y *forever* no es *never*,
que eso es nunca y nunca, nunca jamás.

Para siempre los besos que alumbra el lucero del alba,
para siempre esas pestañas dormidas,
telón de sombras de amor,
que abraza en los garajes oscuros nuestro ángel
[de la guarda.

Para siempre es para siempre, porque el siempre
[abarca todo
pero también se confunde con la nada.

Para siempre las lágrimas fugitivas,
derramadas en la barra de un bar,
en el calor de las farolas amigas,
en el cuello de una botella,
en la punta de una almohada dormida.

Para siempre correrá mi sangre brava y brillará
[de amor el filo de mi cuchillo,
tan inocente y desesperado.
Deslumbrará en los días y las noches,
como una joya iluminada de acero,
como el aliento amargo y dulce de un poeta
[bandolero.

Para siempre eres tú, siempre y para siempre.
Se puede morir de amor y vivir tan ricamente.
Vivir y morir en ese sueño eterno
que desde siempre has sido tú,
y siempre y para siempre.
Para *forever*, tú.

Asimpea tiene nombre de sirena

Asimpea, mujeres de hielo y yerba,
se despistan sus miradas al caer la tarde,
aunque no decline en las sombras.

Se deslizan sus sonrisas por la mañana,
como el poema de un poeta loco
que no desayuna,
y las admira a lo lejos,
y las extraña.

Asimpea podría ser nombre de sirena,
podría ser un nombre de reina,
de una faraona consentida,
de una serpiente de barra.

Asimpea, un puñado de mujeres con la sonrisa ancha,
y en el desierto, un escorpión que les guiña un ojo,
alimaña blandengue, indio vencido que esconde su hacha.

Asimpea, ay, Asimpea, uno se larga por los caminos,
y se entrega a las batallas,
y muestra su pecho desnudo,
con el plácido deseo de una de vuestras cornadas.

